

que hicieron derribar los turcos; y esto explica un pasaje de la relacion de un religioso veneciano, el cual dice que cuando llegó á Jaffa encerraban á todos los peregrinos en una cueva. Breve, Opdam, Deshayes, Huen de Salignac, Duloir, Zuallart, el padre Roger y Pedro del Valle, convienen unánimemente en el corto recinto y extrema miseria de Jaffa.

» Puede leerse en Volney todo lo perteneciente á la Jaffa moderna, á la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Daher y de Ali-Bey, y á otras particularidades acerca de sus jardines deliciosos y esquisitas frutas; y yo añadiré alguna cosa sobre los sucesos posteriores.

» Además de las dos fuentes de Jaffa, de que hablan los viajeros, se halla agua dulce en toda la costa del mar, subiendo hácia Gaza, y hasta con ahondar en la arena un poco con la mano, para que brote en la orilla misma del agua del mar una fuente fresca y cristalina. Yo mismo, en compañía de Mr. Dontessini, hice este curioso descubrimiento, comenzando desde el ángulo meridional de la ciudad hasta la morada de un santón, que se descubre en la costa á alguna distancia.

» Jaffa, tan maltratada ya en las guerras de Daher, ha padecido mucho también en estos últimos tiempos. Los franceses, mandados por el emperador, la tomaron por asalto en 1799, y cuando nuestros soldados volvieron al Egipto, los ingleses, unidos con las tropas del gran visir, levantaron un baluarte en el ángulo Sudeste de la ciudad, y nombraron gobernador á un favorito del gran visir, llamado Abou-Marra. Luego que salió de allí el ejército otomano, vino á sitiar á Jaffa Djeddar, bajá de Acre, enemigo del gran visir. Abou-Marra se defendió con bizarría durante nueve meses, y pudo por fin huir por mar: las ruinas que se ven al Oriente de la ciudad, son el resultado de aquel sitio. Después de la muerte de Djeddar, Abou-Marra fué nombrado bajá de Bedda, en las costas del mar Rojo. El nuevo bajá tomó la ruta por Palestina, y rebelándose, como sucede frecuentemente en Turquía, se detuvo en Jaffa, negándose á pasar á desempeñar su bajalato. Suleiman-Bajá, bajá de Acre, segundo sucesor de Djeddar (1), recibió la orden de someter al rebelde, y puso de nuevo sitio á Jaffa. Después de una débil resistencia, Abou-Marra se acogió á Mahamet-Bajá-Adem, á quien acababan de nombrar entonces bajá de Damasco.»

Hémos aquí ni más ni menos en la tierra de Cha-naam, donde el limonero se asemeja en lo grande á nuestras encinas, donde un sicomoro solo cobija á treinta personas, donde las viñas de Belen, cuna del Señor, dan un vino delicioso y enormes racimos, y en donde los olivos producen aceitunas triples que las nuestras, y un aceite escelente.

«Al acercarse al centro de la Judea, dice Mr. Chateaubriand, los flancos de los montes se alargan y toman un carácter mas estéril. La vegetacion va desapareciendo y amortiguándose paulatinamente, hasta el musgo se deja de ver, y perdiendo las rocas su color pálido, toman otro rojo y ardiente. En medio de las montañas se encuentra un pozo árido cerrado por todas partes por montes blanquecinos y peñascosos, que no se abren sino para Levante para dejar ver la cima del mar Muerto y las montañas lejanas de la

Arabia. Al Mediodía de este paisaje de piedras, sobre un terreno desigual y pendiente, en el recinto de un muro, se aperciben vastas ruinas, cipreses esparcidos, matorrales de aloes y nogales, y algunos saúces parecidos á sepulcros blancos. Es la triste Jerusalem.»

Hay lugares en la tierra cuya celebridad y significacion es inmensa por haberse cumplido dentro de su recinto algunas de las grandes fases de la humanidad. El drama inaugura la escena, y después de la desaparicion de los personages que en él figuran y escitan nuestra admiracion, la mente todavia los busca, corre en pos de su huella, de su ligera sombra, visita los sitios que los albergaron, los describe, los consagra, y de pensamiento en pensamiento los trasmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta después de trascurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre que se alzaba la soberbia ciudad de Troya, las ruinas de algun templo de Atenas y la tumba del Salvador de Jerusalem. Mas si solo á la historia y á la poesia es dado ilustrar una ciudad, la religion sola puede santificarla. Si algunos viajeros entusiastas de la gloria de las artes, se lanzan á la impetuosidad de los mares para visitar y medir el solitario é inmenso templo de Teseo, para examinar las magníficas y gigantescas ruinas de Palmira, ó para contemplar el palacio de Priamo y la tumba de Aquiles en las colinas de Pérgamo á la rojiza luz que despiden las hogueras de los pastores del Ida, también son innumerables las caravanas de peregrinos que todas las primaveras cruzan con fervor santo los mares de la Siria, ó atraviesan los desiertos del Asia Menor, para venir á arródlarse un instante y á confundir su frente en el polvo de los sagrados lugares, y conservar un grano de tierra ó una china de las rocas que la religiosa fé considera altares de la humana regeneracion. El nombre de Jerusalem, que pronuncian con respeto, no suena en sus oídos como un nombre vulgar, como un nombre cualquiera; produce el eco de él en su espíritu cierta fascinacion que al proferirlo les hace inclinar la cabeza impulsados por el gran misterio que encierra, y porque les renueva impresiones y recuerdos profundamente grabados en sus pechos. Demasiado comprenden que Jerusalem es la patria comun de sus almas, y aun para aquellos que no profesan fé alguna, si no la queman incienso, por lo menos la respetan, porque sus madres les hablaron de ella, porque todavia zumba en sus oídos el sonoro nombre de Sion, elevado en himnos de su culto natal, bajo las grandiosas bóvedas de las catedrales, mezclado al estrepitoso vuelo de las campanas, incensados vapores de los perfumes, y porque heridas de esta suerte sus imaginaciones cuando niños, se alza el nombre de aquella ciudad en su mente, cual una pálida fantasma que prohíbe penetrar en su venerado recinto las máximas de la yerba filosofia. La mas severa crítica lucha en vano por desprenderse del prestigio ó influencia de las primeras sensaciones de la juventud: involuntariamente el pensamiento y la gloria nos recuerda aquella ciudad, porque la gloria no es mas que un nombre que se repite incesantemente y se oye en boca de todos. Estos sentimientos me guiaron á mí á aquel sitio. Sentia la necesidad de ver con mis propios ojos lo que tantas veces me habia pintado ya mi imaginacion, me sucedia lo que á los niños que desean surgir por la montaña para llegar con la mano al firmamento que les parece desde su base tocar la cúspide de las rocas: para el niño

(1) El sucesor inmediato de Djeddar se llamaba Ismael-Bajá, y también usurpó el mando á la muerte de Djeddar.

como para el viagero, la ilusion se desvanece al acercarse al término de su deseo, como se desvanecen todas las que constituyen el curso de la vida de las edades eternas.

La gran ciudad de Jerusalem, esa vision de paz y de concordia, la fundó y dió su nombre Melchisedech, rey y pontífice. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano que corona las montañas de Judea, nada posee que indique fuese la capital de una nacion, refugio de un pueblo débil y fortaleza contra sus perseguidores. Ningun rio baña sus murallas, no le ofrece valle alguno la riqueza de su cultivo, ni tiene ninguna mar vecina que la convide con los recursos de su comercio; conduce á su seno al viagero por estrechos senderos abiertos en las rocas por el costado de las montañas casi inaccesibles; el terreno que la rodea es quebrado, y su suelo ingrato, el estío es abrasador, el invierno rigoroso, y apenas brota de entre las rocas algun escaso manantial de agua dulce. A pesar de todo esto, David no creyó haber conquistado una patria á su pueblo hasta despues de arrebatár la suya á los jebusenses; en ella colocó la silla de aquel reducido imperio, cuyos fastos misteriosos han sido despues los fastos del mundo. Salomon hizo en ella construir el templo que contenia la magestuosa unidad de Jehová. Conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia, del Egipto y por los emperadores romanos, presenció muchas veces la desdicha de su pueblo arrastrado á la cautividad; asistió á la demolicion de su templo, y vió á su pueblo regresar á sus ruinas siempre fiel á la libertad de su culto y á esperar resignado en las promesas de Jehová.

Despues de la época de Cristo, atacó Tito la ciudad, precisamente en dias próximos á la Pascua, cuya circunstancia hacia que se hallase encerrado dentro de sus muros casi todo el pueblo de Judea, y al cabo de cuatro meses de sitio, venció y fué inmolada la inmensa poblacion por aquel emperador, el mas humano de los hombres, cumpliéndose de esta manera la profética amenaza de Cristo al marchar al suplicio: «No quedará piedra sobre piedra de la gran ciudad de Salomon.» Profaná Adriano todos los lugares santos que buscaban los primeros cristianos para venerar sus ruinas. Los dioses del paganismo levantaron sus estatuas en Belen y sobre el Calvario; mas estos dioses de los vencedores no eran otra cosa que imágenes muertas; del humilde pesebre y de la tumba de un crucificado, nació la nueva religion que con la invencible fuerza del Verbo divino y de una moral reparadora, desarrollaba inmensamente sus cimientos, y no tardó en arrojar de los templos de Roma sus fantasmas de divinidad, sustituyéndolas con símbolos mas puros. Cuando Constantino abrazó el cristianismo desapareció la ciudad hebraica ante una ciudad enteramente reducida al cristianismo; á cada escena del drama de la redencion se erigió un monumento ó un altar: Jerusalem constituia solo el vestibulo del santo sepulcro.

La ciudad esperiméntó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo. No satisfecho Adriano con profanar la villa, celebró diferentes ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos del pueblo, á fin de dispersarlos. Por amarga ironía de los vencedores ó por una amarga ironía de la suerte, estos mercados de hombres se verificaban en el valle de Membrea, lugar venerado de los hebreos

*Viage ilustrado.*

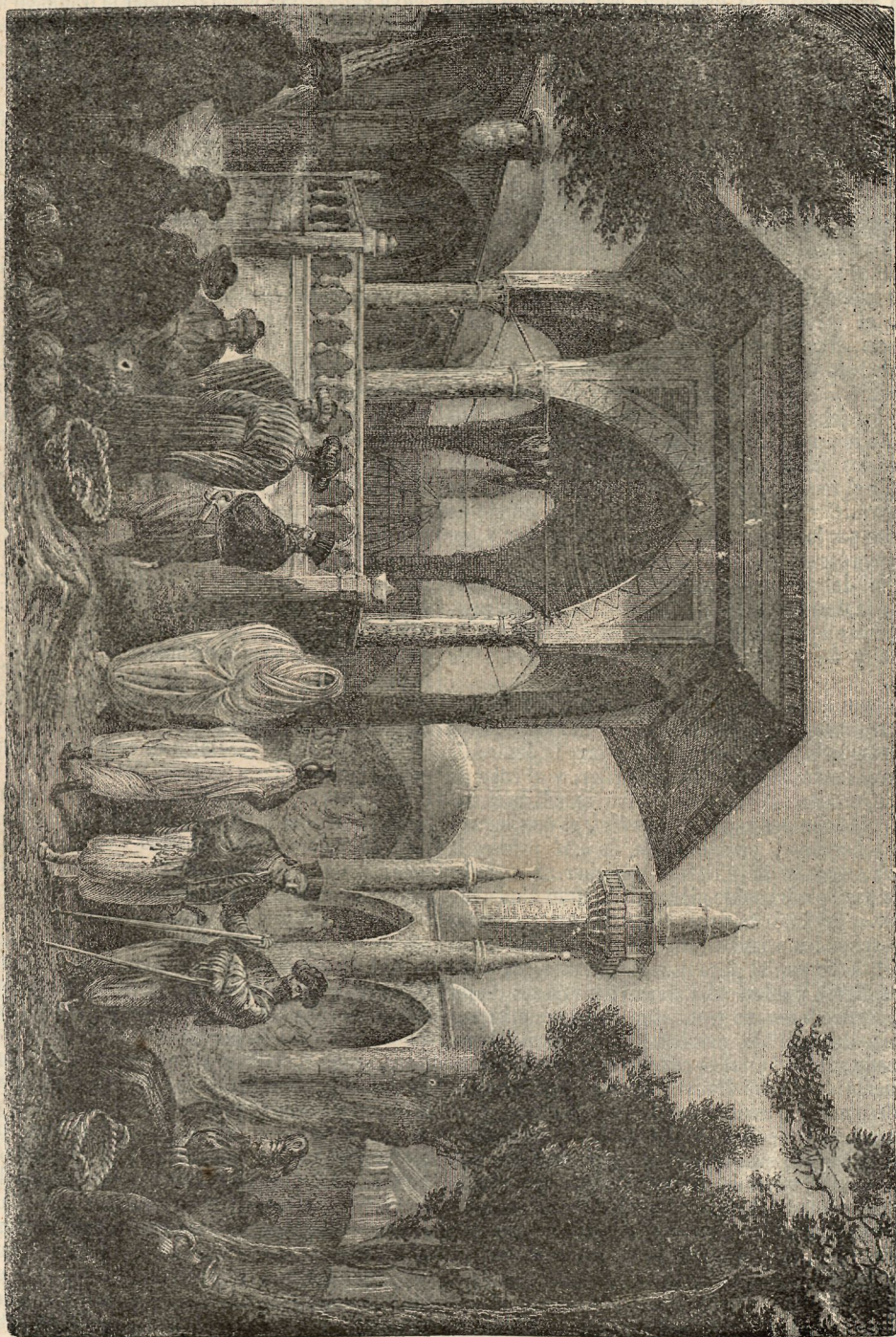
porque fué donde Abraham situó sus tiendas y donde recibió á los ángeles. Llamaban á estas ferias las del Terebinto, tomando este nombre del de un árbol secular que aun se conservaba en tiempo de San Gerónimo, y cuya antigüedad hacia remontar la tradicion á los primeros dias del mundo. El emperador mandó hacer y repartir una medalla para eternizar su baldon en memoria de lo que aquella turba bárbara y menospreciadora de la humanidad calificaba de gloria.

Un fenómeno histórico inaudito en los fastos del mundo, impulsó á los reyes del Occidente hácia esta estéril roca de la Palestina con solo el objeto de reconquistar un sepulcro. Entonces el cristianismo ostentó el mas grande esfuerzo material; conquistó á Jerusalem, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon, tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de ochenta años. Saladino, rey de Siria y de Egipto, los espulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrado de la santidad de la moral evangélica, no profana el sepulcro del que considera como el gran profeta y enviado de Dios; los cristianos continúan visitando los santos lugares que yacen bajo la proteccion y tolerancia de los musulmanes; los peregrinos no experimentan vejacion ni obstáculo alguno. Hasta hace poco los poseedores del Santo sepulcro hacian contribuir con un ligero tributo á sus adoradores; pero desde que Ibrahim Bajá es señor de Judea, ha suprimido este impuesto. El conquistador de Egipto ha considerado duro é injusto exigir retribucion alguna al infeliz peregrino de Occidente que atraviesa mar y tierra por besar la roca sagrada, emblema de su fé; no ha querido imponer traba alguna á la oracion y sacrificio religioso, dando así una prueba á las naciones civilizadas de tolerancia é ilustracion.

El aspecto de Jerusalem es engañoso como el de casi todas las villas y ciudades del Oriente. Se presenta á la vista en lo mas elevado de un gran plano inclinado y cubierto de olivos, rodeada de espesas murallas construidas con las piedras que sostenian las cúpulas del templo de Salomon; se halla flanqueada de almenadas torres que se alzan de cien en cien pasos, con sus piscinas y sus ojivas y abovedadas puertas; sus vistosos y variados minaretes que se confunden en lo azulado del cielo, y presentan sobre los terrados de las casas los pabellones en que pasan las horas de recreo de la vida los niños y mugeres. Parece la esplendorosa aparicion de la estatua de Jehová, la luz del sol reverberada en lo despejado de su atmósfera la inunda de claridad; al divisarla se cree aun á aquella ciudad habitada por la multitud de su pueblo; pero al penetrar en su seno presenta solo la imagen de una tristísima tumba; las puertas están abiertas y abandonadas, los caminos desiertos, las calles vacías, ni el mas leve ruido turba lo silencioso de esta mansion; en ella el judío vegeta lleno de harapos, se arrastra humildemente entre el musulman que le desprecia y el cristiano que le insulta. Impulsado á su pesar por lo antiguo de su fé hácia aquel suelo ingrato para él, presenta la última y difamada raza de este pueblo el ejemplo de patriotismo mas sublime que puede ofrecer la humanidad. Errante sobre la tierra tiene fija su mirada en Sion: regresa para exalar dentro de sus muros el último suspiro y sucumbe contento con la idea de que cubrirá sus huesos la tierra de Abraham. A cada paso se encuentran ancianos respetables agoviados por el peso de los años y de las enfermedades y que marchan en mulas y as-

nos guiados de sus hijos; y cuando se les pregunta: á dónde vais y de dónde venís, contestan: de Venecia, de Varsovia ó de Turin, y vamos á Jerusalem para que

contrado, despues de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolacion de estos lugares. Su poblacion indígena y compuesta de judios, árabes,



Vista de Jaffa. — Pág. 23.

nuestras cenizas reposen al lado de las de nuestros padres.

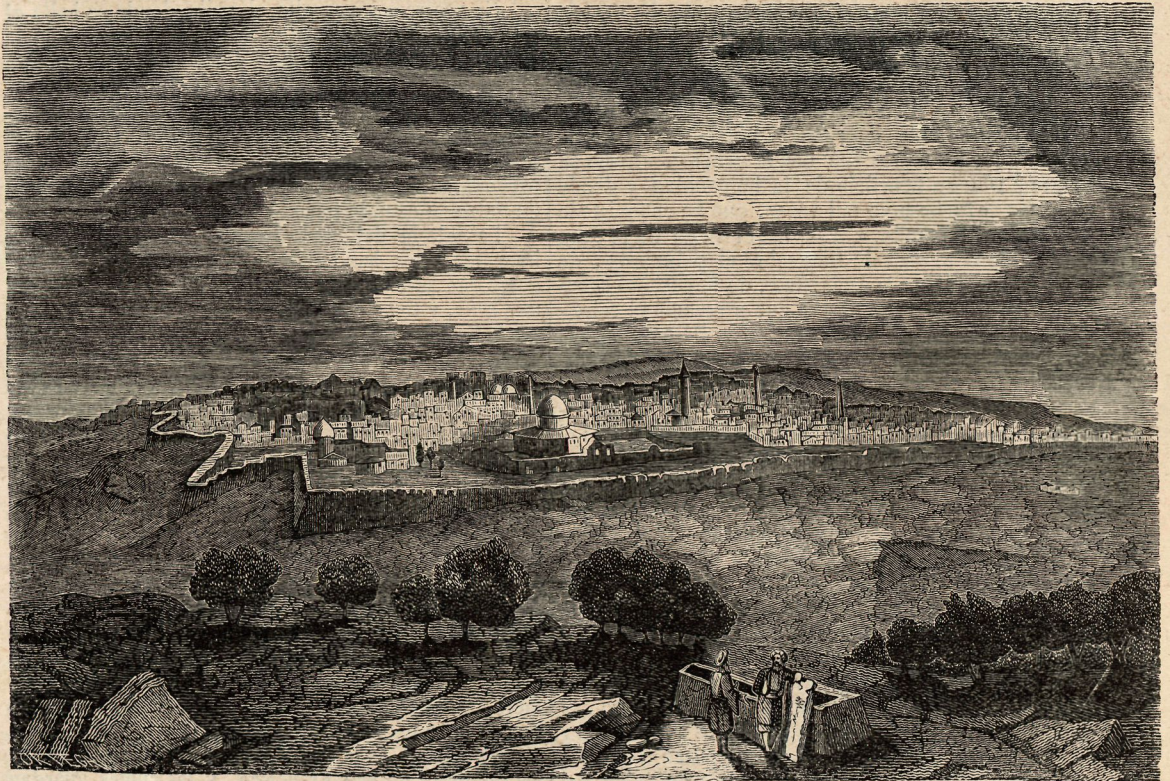
Lo interior de Jerusalem es triste y sombrío. Chateaubriand lo describe admirablemente y con toda la melancolía y solemnidad de su génio: solo él ha en-

turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imágen de la muerte. Solo se ven por las solitarias calles y los bazares infectos, procesiones de peregrinos que sin cesar llegan y marchan otra vez; pero estos caminan absortos, con la

cabeza inclinada al pecho, los ojos bajos, sin ruido alguno, sin hablar y enteramente entregado su espíritu á la preocupacion que les causa y al recogimiento que les inspira el hollar con su pecadora planta aquel suelo de milagros.

En esta ciudad, en la gran ciudad del mundo, es donde menos rumor se percibe. Parece un vastísimo templo en el que solo resuena el eco de las oraciones y suspiros. Muchas veces paseando al ponerse el sol por la línea que describe el recinto de las murallas, me solia preguntar á mi mismo si lo que se agitaba en el corazon de aquel pueblo eran sus moradores, porque solo percibía el confuso y sordo murmullo produci-

los que sucumbian en la ciudad, albergan hoy á las familias mas miserables de la raza árabe. Siguiendo el declive de este valle y penetrando la vista por el espacio que guardan entre si los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabas y Jericó, se descubre en el último término un horizonte de ocho leguas, la mar, que pacífica y sosegada presenta en su estension la imagen de una superficie cubierta de un metal oscuro recientemente derretido; su límite le determinan las cordilleras de la Arabia por donde Moisés no cruzó. Todo lo que constituye aquel paisaje es tristísimo, silencioso, nada tiene de ameno y variado: nada tiene que distraiga al viagero de sus meditaciones, solo



Jerusalen.

do por el rezo de los oficios de las oraciones que se elevaba en los aires por cima de las góticas bóvedas de las iglesias y conventos de religiosos griegos, mezclado al vibrante tañido de las campanas de los templos y monasterios, y á los cánticos latinos de los sacerdotes. El paisaje que rodea la ciudad es tan grave y melancólico, como los pensamientos que inspiran los monumentos y el estudio de ella misma. Desde la cúspide de la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, desciende la mirada sin obstáculo alguno sobre el escabroso y árido valle de Josafat; un poco á la derecha y en el fondo de esta torrentera, se divisan algunos raquíticos arbustos menos abrasados y amarillentos que el resto de la vegetacion, porque refrescan sus tallos con el sobrante de las aguas de la fuente de Siloé que baña su pie; á su inmediacion se eleva una negruzca muralla de rocas, cuyas concavidades, que en otro tiempo daban asilo á los restos de

*Viage ilustrado.*

perciben sus oidos el rumor que producen en la arena sus pasos, tampoco atraviesa por el azulado cielo la mas leve sombra, ni la mas ligera nube empaña su claridad.

Las colosales aves de rapiña de la Judea con sus descarnados picos y poderosas y aceradas garras, se suspenden en los aires girando en torno de las cabezas de los que recorren aquellas estensiones, y solo de cuando en cuando hacen percibir la sombra de sus alas; á veces se divisa á lo lejos alguna figura pálida, que el viento ha cubierto de arena y que parece como petrificada en la roca que la sostiene, y á algun *schakals*, cuya asquerosa figura eriza los cabellos y que se desliza fugitivo por entre aquellas asperezas interrumpiendo el silencio con lamentosos aullidos. A veces tambien, aunque son las menos, se encuentra sentada sobre un débil borriquillo á alguna pobre muger arrullando á sus hijos entre sus descarnados brazos, á algun

pastor árabe guardando cabras al pie de las pedregosas colinas, ó á algun beduino de Jericó, que apareciendo á la vista como una vision en lo mas alto de las elevadas colinas, asemeja con su lanza en la mano al genio de la destruccion.

Tal es, pues, sucintamente la descripcion de la ciudad, cuyo nombre pronuncian todas las generaciones, celebra la historia, cantan las poesías sagradas y figura en el rezo de todas las oraciones y en todos los idiomas del mundo; estas son las colinas de donde estraian los cruzados la arena con que cargaban sus navios para estenderla en el suelo de las catedrales que construian en su patria. No es la importancia de los acontecimientos históricos, la fecundidad de su suelo, ni la hermosura de la naturaleza, lo que inclina la mirada del género humano hácia este punto del globo, sino la celebridad y notable circunstancia de que en aquellas colinas fué donde primero brilló la estrella en medio de las tinieblas del mundo antiguo; que en aquel suelo fué donde Cristo imprimió la huella de sus pasos; que en aquellos muros fué donde generoso ofreció su sangre á Dios en beneficio de la humanidad y donde exclamó: «Dichoso yo mil veces, que he conquistado y redimido al mundo.» Este fué el lugar de la gran victoria de la unidad de Dios sobre el politeismo, de la fraternidad sobre la esclavitud, de la caridad sobre el egoismo; fué, en fin, el sitio que presencié el celestial legado que hizo á las generaciones. De aquí nace la fama eterna de Jerusalem. Uno de sus mas pobres y oscuros hijos, cuyo nombre hasta era ignorado, aquel que á sí mismo se consideraba como el mas insignificante y humilde de los hombres, á aquel que exaló el último suspiro sufriendo con gozosa resignacion los dolores del mas cruel é infame de los suplicios, á aquel que sucumbió clavado en una cruz, á aquel es al que debe su nombre, su gloria y su inmortalidad.

El lugar del templo de Salomon está actualmente ocupado por una mezquita, y no muy distante la iglesia del Santo Sepulcro fundada por Santa Elena, protege con sus murallas la colina del Calvario y la gruta en que fué depositado el cuerpo de Cristo.

El Santo Sepulcro, y la mayor parte de los Santos Lugares, pertenecen á la órden de San Francisco, la cual, de tres en tres años envia nuevos religiosos; y aunque los hay de todas las naciones, pasan todos por franceses ó venecianos, y están bajo la proteccion del rey de Francia. Hace unos sesenta años que habitaban fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo parage donde Nuestro Señor celebró la cena con sus apóstoles; pero habiendo los turcos convertido en mezquita su iglesia, desde entonces los religiosos habitaban en la ciudad sobre el monte Sion, en el convento que llaman de *San Salvador*; y es la residencia del guardian y de la principal comunidad que surte de religiosos á todos los puntos de la Tierra Santa, donde se necesitan.

La iglesia del Santo Sepulcro solo dista del convento unos doscientos pasos, y comprende en su recinto el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo edificar parte de esta iglesia para que estuviese á cubierto el Santo Sepulcro; pero los principes cristianos que vinieron despues, la aumentaron de modo, que comprendiese tambien el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

Antiguamente el monte Calvario estaba fuera de la ciudad, y era el sitio destinado para ajusticiar á los

malhechores; y con el objeto de que todos los pudiesen ver, habia un vasto espacio entre el monte y las murallas de la ciudad. Lo demas del monte estaba rodeado de jardines ó huertos; y el uno de ellos era el de José de Arimathea, discípulo oculto de Jesucristo, y el cual se habia mandado hacer allí su sepulcro, en el que fué puesto el cuerpo del Salvador. Los judíos no acostumbraban á enterrar sus muertos como nosotros los cristianos; pues cada uno, segun sus medios, abria en cualquier peñasco un cuartito ó nicho donde depositaban el cuerpo sobre una mesa de la misma piedra, y despues lo cerraban con otra piedra, que por lo comun no tenia mas que cuatro pies de altura.

No pasaremos por alto el valle donde se halla el memorable *Huerto de Jethsemani*, juntamente con la *cueva en donde sudó sangre* JESUCRISTO, y la iglesia del sepulcro de Maria Santísima. El Huerto de Jethsemani no es otra cosa en el día que un cerquillo ó centenal árido, con siete olivas, que quieren algunos que sean del tiempo de Jesucristo, lo que podrá ser si las perdonaron los que no tuvieron respeto al gran templo de Salomon cuando tomó la ciudad Tito.

La iglesia del Santo Sepulcro es de forma muy irregular, pues han tenido que acomodarse á los lugares que querian comprender en ella: viene á formar una cruz, y tiene ciento veinte pies de largo, sin contar la bajada de la Invencion de la Santa Cruz, y setenta de ancho. Tiene tres cúpulas, y la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia, y tiene treinta de diámetro: está abierta por arriba como la rotunda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda; pues la cubierta se sostiene sobre grandísimas vigas de cedro, que se trajeron del monte Libano. Antes se encontraba en esta iglesia por tres puertas; pero en el día ya no hay mas que una, cuyas llaves guardan con sumo cuidado los turcos, temiendo que entren los peregrinos, sin pagar los nueve cequies, ó treinta y seis pesetas, que exigen á los cristianos forasteros, pues los vasallos del gran señor no pagan ni la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanita atravesada con una barra de hierro, por donde los de fuera dan la comida á los que están dentro, los cuales son de ocho naciones diferentes.

La primera es la de los latinos ó romanos, que son los religiosos de San Francisco, y los cuales guardan el Santo Sepulcro, el parage del monte Calvario donde Nuestro Señor Jesucristo fué clavado en la Cruz, el en que se halló la Santa Cruz, la piedra donde fué ungido el Santísimo cuerpo, la capilla donde Nuestro Señor se apareció á la Virgen despues de haber resucitado.

La segunda nacion es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia, donde se celebran los officios divinos, y en medio del cual hay un círculo pequeño de mármol, cuyo centro dicen es el medio de la tierra.

La tercera es la de los abisinios, y los cuales tienen la capilla donde está la columna del *Improprio*.

La cuarta es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto, y tienen un oratorio pequeño cerca del Santo Sepulcro.

La quinta la de los armenios, que ocupan la capilla de Santa Elena, y aquella en que se dividieron y jugaron las ropas de Nuestro Señor.

La sexta la de los nestorianos ó jacobitas, que han venido de Caldea y de Siria. Estos tienen una capilla cerca del parage donde Nuestro Señor se apareció á la

Magdalena en figura de hortelano, y por esto la llaman la *Capilla de la Magdalena*.

La sétima la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio, y tienen el parage del monte Calvario, donde se puso la cruz, y la cárcel donde estuvo Nuestro Señor mientras hacían el agujero para plantarla.

La octava es la de los maronitas, que habitan en el monte Libano, y obedecen al papa como nosotros.

Cada nacion, ademas de estos santuarios, que todos los que están dentro pueden visitar, tienen otras viviendas particulares en las bóvedas y rincones de esta iglesia, que les sirven para retirarse y celebrar los divinos oficios, segun sus ritos particulares; pues los sacerdotes y religiosos que aqui entran, permanecen por lo regular dos meses sin salir, hasta que envian otros del convento que tienen en la ciudad para reemplazarles. No es posible permanecer mucho tiempo en esta iglesia sin enfermar, porque no tiene buena ventilación, y las bóvedas y paredes despiden una humedad muy dañosa. Sin embargo, hallamos un ermitaño que habia tomado el hábito de San Francisco, y hacia veinte años que estaba allí sin salir, bien que tiene mucho que trabajar, cuidando de doscientas lámparas, y limpiando y adornando los Santos Lugares, de modo que apenas le quedarían cuatro horas de descanso al día.

Lo primero que se encuentra al entrar en la iglesia es la piedra de la Uncion, sobre la cual fué unguido el cuerpo de Nuestro Señor con mirra y alóes antes de darle sepultura. Algunos dicen que es de la misma roca del monte Calvario; pero otros afirman que la trajeron allí José y Nicodemus, discipulos secretos de Jesucristo, y los cuales hicieron aquella piadosa obra; y añaden que la piedra es de un color verdoso. Como quiera que sea, fué preciso cubrirla con mármol blanco, y cerrarla con una reja de hierro, para que ninguno la pise, y para evitar que los peregrinos la rompiesen. Tiene ocho pies menos tres pulgadas de largo, y dos pies menos una pulgada de ancho, y encima hay ocho lámparas que arden de continuo.

El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, precisamente en medio de la gran cúpula de que ya hemos hablado, y es como un cuartito practicado á pico en la misma roca. La puerta que mira al Oriente no tiene mas que cuatro pies de alto y dos y cuarto de ancho; de modo que es menester bajarse mucho para entrar allí. Lo interior del sepulcro es casi cuadrado, y tiene seis pies menos una pulgada de largo, y seis pies menos dos pulgadas de ancho. Hay una mesa sólida de la misma piedra, que espresamente se dejó cuando se abrió lo demas: esta piedra tiene dos pies y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del sepulcro; porque tiene seis pies menos una pulgada de largo, y dos pies y dos tercios y medio de ancho. Sobre esta mesa se puso el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza hácia el Occidente y los pies al Oriente, pero á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creían que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonaria jamás, y tambien porque los peregrinos rompían algunos pedazos de la piedra, fué preciso cubrirla con mármol blanco que sirve de altar, donde se dice misa. En esta santa capilla arden continuamente cuarenta y cuatro lámparas, y para que salga el humo se han abierto tres agujeros en la bóveda. La parte interior del sepulcro está tambien cubierta toda de mármol, y adornada con

muchas columnas que sostienen una hermosa cúpula.

A la entrada de la puerta del sepulcro hay una piedra de pie y medio en cuadro, y levantada un pie de tierra: es de la misma roca, y servia para que se apoyase sobre ella la otra que tapaba la puerta del Santo Sepulcro. Sobre esta piedra estaba el ángel cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio, cuanto por reverencia del Santo Sepulcro, los primeros cristianos levantaron allí delante una capilla, que se llama del Angel.

A doce pasos del Santo Sepulcro, y mirando al Septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris, que puede tener cuatro pies de diámetro, y se ha colocado allí para indicar el lugar en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano.

Mas adelante está la capilla de la Aparicion, donde es tradicion que Nuestro Señor se apareció primero á la Virgen despues de resucitado. En este parage es donde los religiosos de San Francisco celebran de continuo sus oficios, y donde se retiran, pues de allí pasan á unos cuartitos que no tienen mas salida que por esta capilla.

Siguiendo en dar la vuelta á la iglesia, se halla aun capilla abovedada, que tiene siete pies de largo y seis de ancho, y la llaman la cárcel de Nuestro Señor, porque aqui lo tuvieron mientras se hacia el agujero para poner la cruz. Esta capilla está á la parte opuesta del monte Calvario; de manera que estos dos parages forman como el crucero de la iglesia, pues el monte está al Mediodía y la capilla al Septentrion.

Muy cerca de allí hay otra capillita de cinco pies de largo y tres de ancho, que está en el mismo parage en que los soldados quitaron á Nuestro Señor las vestiduras antes de clavarle en la cruz, y donde echaron suertes y las dividieron.

Saliendo de esta capilla se encuentra á mano izquierda una espaciosa escalera que rompe por la misma pared de la iglesia para bajar á una especie de cueva abierta á pico en la misma roca. Despues de bajar treinta escalones, se entra en una capilla que está á mano izquierda, y se llama comunmente la de *Santa Elena*, porque esta santa estuvo en oracion en ella mientras se buscaba la Santa Cruz. Se bajan aun once escalones para llegar al parage donde se halló la Santa Cruz con los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian estado allí sepultados mas de trescientos años.

Cerca de lo alto de la escalera, y tirando hácia el monte Calvario, hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo y dos y medio de ancho; y bajo su altar se vé una columna de mármol gris con manchas negras, que tiene dos pies de alto y uno de diámetro, y se llama la *Columna del Improperio*, porque allí sentaron á Nuestro Señor para coronarle de espinas.

A diez pasos de esta capilla se encuentra una escalerita muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio y de piedra al fin, hasta el número de veinte, y por ellos se sube al monte Calvario. Este parage, que antes era tan ignominioso, habiéndose santificado con la sangre de Nuestro Señor, cuidaron de él muy particularmente los primeros cristianos; y despues de haber hecho quitar toda la tierra é inmundicias que habia encima, lo cercaron con paredes, de manera que ahora es como una capilla superior, metida en esta grande iglesia. Por dentro está toda cubierta de mármol, y dividida en dos con un arco; la parte que está al Septentrion es el parage en que Nuestro Señor fué